

punto de vista

Hacen esta sección: **LIBROS:** Jorge Berlanga. **RITMO Y MELODÍA:** Angel Casas. **TEATRO:** José Antonio Gabriel y Galán y Jaume Melendres.

TEATRO

Fotogramas, 4. 1636. 12-3-1980

La mirada inmóvil

Un monólogo, otra vez, y otra vez una mujer que trata de comunicarnos el pánico de vivir cada día, la inmovilidad de lo cotidiano, la falta de esperanzas. A través de la palabra.

NATURALMENTE, el mundo sigue siendo lo mismo de angustioso que cuando Samuel Beckett escribió «Oh, les beaux jours!». Lo único que cambia con el tiempo es la expresión empleada para definir esa sensación última que nos proporciona la vida, considerada globalmente, en profundidad. La filosofía no es otra cosa: forma de denominación, porque la auténtica realidad no varía. El existencialismo acudió a la angustia; el absurdo a la incomunicación. En el teatro quedaron huellas indelebles de ambas maneras de llamar a las cosas por su nombre.

No sería justo reducir el tema a una cuestión de modas. El asunto no es que la angustia o la incomunicación hayan pasado o no de moda. Es un problema formal, porque es obvio que el fondo ha existido y existirá siempre.

Viene todo esto a cuento del estreno de «Lo frío y lo caliente», de Pacho O'Donnell. Monólogo de una mujer fría que trata de comunicarnos, con la incomunicabilidad de la palabra, el pánico del vivir cada día, la inmovilidad de lo cotidiano, la falta de esperanzas.

Hace unos quince años vi el estreno de «Oh, les beaux jours!» en el Odeón, interpretado —y de qué manera!— por Madeleine Renaud. Hoy he vuelto a ver, con «Lo frío y lo caliente», la misma obra de Beckett firmada por O'Donnell. No hablo ni de imitación ni de inspiración; eso no tiene importancia. Lo que he vuelto a presenciar es la misma mirada sobre el mundo.

La pieza de O'Donnell está bien construida, bien escrita. Es

una bien madura reflexión. Incomunicación y angustia son el trasfondo buscado y logrado. No trato de comparar esta función con la que vi hace tantos años. Mi única duda, al recibir este texto, es si en arte resulta posible repetir indefinidamente una misma denominación, una idéntica mirada. Si Beckett y



Lo que va de Madeleine Renaud interpretando a Beckett, a Cristina Rot interpretando a O'Donnell

lo expresó de una determinada forma (aunque nunca queda dicha la última palabra), ¿vale de algo, al cabo de los años, insistir en similares formulaciones? El tiempo no pasa en vano. La angustia, la incomunicación, la soledad radical y todas esas realidades están ahí. Lo propio del teatro (del arte) es ofrecernos nuevas visiones de esas viejas e inalterables realidades.

Por lo demás, «Lo frío y lo ca-

liente» es un espectáculo muy maduro. Perfectamente medido, sentido y expresado. El director, Charlie Levi Leroy, realiza un sólido y eficaz montaje.

A destacar, sobre todo, la interpretación de Cristina Rot, que no desmerece en nada de aquella Madeleine Renaud de comienzos de los sesenta. Soberbia de dicción, de ritmo y de expresividad. Una verdadera lección de madurez interpretativa, de fuerza sabiamente controlada. Ella hace que la palabra mantenga su potencia original,

por encima de la inmovilidad de la mirada.

José Antonio Gabriel y Galán

«Lo frío y lo caliente»
Autor: Pacho O'Donnell
Dirección y escenografía: Charlie Levi Leroy.
Intérpretes: Cristina Rot y Lina de Simone.
Teatro Sala Cáceres.

Un ciclista travestidos manda telegramas

En plena época de carnavales, dominados en Barcelona y sus Ramblas por un travestismo pertinaz, aparece en la Cúpula Venus un nuevo espectáculo basado en el juego de espejos sexuales y en la novela de Fernando Quiñones «Las mil noches de Hortensia Romero», finalista del último Pláneta: «Legionaria» (1).

LA idea de convertir en monólogo escénico un fragmento de «Las mil noches de Hortensia Romero», no es, en absoluto, gratuita. Se trata, más bien, de una pura y simple restitución al canal de origen, ya que el libro de Quiñones tiene como materia prima —precisamente— la narración oral de historias ligadas al mundo gaditano de la prostitución, puestas en boca de una Hortensia Romero capaz —cosa infrecuente— de amar su oficio y, a la vez, de reírse de casi todos sus clientes y colegas.

Resulta mucho más discutible que este texto deba interpretarlo Ramón Rivero. No es que Rivero sea un actor flojo, ni mucho menos. Realiza un tra-

bajo limpio, con mucha aritmética por medio. Se ve claramente que el tema le interesa y que este montaje no es para él un mero modus vivendi. Pero se hace difícil comprender qué pinta en este viaje el travestismo, qué suplementos de significación aporta la transexualidad escénica al cuerpo del texto, y viceversa.

¿Se persigue un efecto «distanciador»? ¿Se quería evitar la

Teatro del Mentidero (el teatro andaluz) presenta a Ramon Rivero en «Legionaria» basada en la novela «Las mil noches de Hortensia Romero». F. Premio Planeta de Fernando Quinones

F., singular abreviación de «finalista»

banalización de lo narrado? ¿Se consideraba que una mujer sería demasiado peligrosa —o demasiado poco— en este papel? ¿Acaso las actrices no están a la altura, todavía?

Ignoro si el Teatro del Mentidero, que se autodenomina «el teatro andaluz», se ha planteado estas cuestiones aparentemente filosóficas, o si, simplemente, se ha dejado llevar por la moda travesti o por el simple atractivo profesional que un embite como éste puede ejercer sobre un intérprete, sea cual sea su carnet de identidad sexual.

El resultado es, en cualquier caso, la banalización. El Ramón Rivero travestido devora a Hortensia Romero. El ejercicio mimético relega a un segundo plano, desenfocado por definición, lo que esta suma de anécdotas tiene, en su total, de drama. El travestismo tiende a convertir en chiste lo que, en el libro, amaga otras intenciones.

Pere Francesch, el director, parece haberse dado cuenta de ello. Parece haber intuido que el público —al menos un determinado público— iba a reírse demasiado, a quedarse en la mera superficie del objeto. La puesta en escena de Francesch tiene como único objetivo subsanar un problema que él mismo plantea. Los recursos son

simples: cuando llega un «momento de evocación», pone los focos al nivel más lírico del regulador, para que todos se den por avisados y guarden el debido escalofrío; cuando Rivero aborda lo que Pere Francesch considera trascendente o materia de mensaje, éste manda apagar la batería y encender un cañón sobre el actor —súbitamente serio—, con menos color local en su dicción. Pere Francesch parece un funcionario de Correos: se pasa las noches mandando telegramas al espectador. Le pone en las manos un periódico repleto de sucesos sexuales y espera, con instrumentos más lumínicos que luminosos, que acabemos leyendo un artículo de fondo que, además, casi no existe.

Jaume Melendres

(1) «Legionaria», basada en la novela de Fernando Quiñones. Teatro del Mentidero. Intérprete: Ramón Rivero. Dirección y escenografía: Pere Francesch. Estreno: Cúpula Venus, 20-2-80.

(2) Vale la pena observar con atención el programa porque hay en él una burda y extrema proeza de manipulación lingüística e informativa: «Las mil noches de Hortensia Romero F. Premio Planeta». «F» es una singular abreviatura de «finalista».

LIBROS

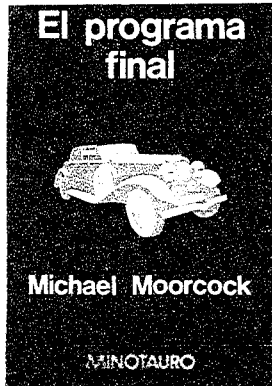
Mañana, cuando hoy era ayer

EL PROGRAMA FINAL. Michael Moorcock. Minotauro (Edhasa), Barcelona, 1979.

Supongámonos inmersos en un ciclo de historia cósmica, en el que las situaciones que ahora vivimos son una simple repetición de las situaciones vividas millones de

años atrás. Una y otra vez, con ligeras variaciones, la historia vuelve a construirse según los mismos patrones.

Estamos en Londres, en el siglo XX, a mitad de la década de los sesenta ¿De qué ciclo? ¡Ah...! Suena la música de los Beatles, los Who, los Animals, circulan automóviles, se beben cocktails, se juega en los casinos, todo es puro Swing, pero se pueden apreciar ligeros matices tecnológicos y costumbristas que varían de nuestro pasado conocido. Allí un hombre, Jerry Cornelius, planea, junto a unos cuantos socios, el asalto al castillo donde transcurrió su niñez, actualmente en poder de su hermano Frank, drogadicto furioso e investigador químico rodeado de esbirros alemanes dispuestos a borrar del mapa a cualquier intruso que se acerque por allí. Jerry quiere rescatar a su hermana Catherine, cautiva en el castillo y permanentemente drogada, luego, destruir el edificio y —esto ansiado por todos los socios— encontrar un microfilme con revelaciones excepcionales para la sabiduría humana que su padre, un insigne científico, guardó en secreto hasta su muerte.



Entre los aliados de Jerry, está la señorita Brunner, una inteligente programadora de computadoras que aspira a lograr un programa final, donde se reúna todo el conocimiento universal intemporal. Esta mujer tiene en su poder el hilo secreto de la novela, la certeza intuitiva de control de los acontecimientos.

El asalto al castillo es un fracaso. Jerry Cornelius insiste en perseguir al drogata de su hermano. La señorita Brunner le ayuda. El caos de una época les acompaña; la proximidad del fin de una era les rodea con su ambigüedad. Jerry es autor de li-

bros como «Exploración del Tiempo en la Decadencia de Occidente», «Hacia la Paradoja Última» y «La Simulación Ética». Su convicción entrópica y sus conocimientos sobre la relatividad le dicen que la extinción termodinámica de la civilización es inevitable. Su confusión se mezcla con su impotencia, su sabiduría con su fuerza, su desánimo con su indiferencia. Las drogas, el desorden métrico confieren al tiempo una imposibilidad inaprensible; la muerte de sus hermanos, la irresolución de una serie de incógnitas, conducen a Jerry a una indolente dedicación a la guitarra y a la organización de fiestas interminables.

Sin embargo, nota que la extinción de la era se acelera ¿por qué? La señorita Brunner tiene la respuesta. Viene a recogerle a Londres y le lleva al lugar donde va a llevar a cabo la realización de su sueño: la materialización del Programa Final. Necesita de su ayuda para conseguir unos imprescindibles datos que su poseedor, un discípulo del viejo Cornelius, guarda con inusitado celo. Jerry, confuso, deprimido, cumplirá con su misión, matando al científico y apoderándose de la última pieza del rompecabezas. La señorita Brunner le ayudará a recobrar su poder gracias a ciertas dotes de nutrición canibalística que ambos comparten y los dos se fusionarán en un sólo ser omnipotente al computarse el Programa Final, convirtiéndose en un dios destructor, mezcla de divinidad olímpica y estrella de rock, que acabará con los restos de una civilización para convertirse en el mesías de una nueva era, el comienzo de un nuevo ciclo.

En resumen, una novela insólita, donde la ciencia ficción se juntará con la realidad más intuitiva, la filosofía con la frivolidad, el humor con la incertidumbre, la acción con el cansancio, donde la intriga y la farsa, el apocalipsis y el whisky a mediodía, la ambigüedad y la inteligente puesta en escena de numerosos mitos modernos en una fabulosa mascarada imaginativa, hacen que no tengamos más remedio que leernos el libro de un tirón.

Jorge G. Berlanga